

Escenas políticas

LA CAIDA DE OJOS

Mí dilecto y predilecto, mirado y admirado, vivales y frescales amigo José Luis Coll, chaparrito y corto como tantos grandes hombres, no sé, Napoleón, Charlot, Mickey Rooney y el juez Lerga, ha escrito uno de esos artículos de incitación electoral que tanto agradece Helga Soto, la rubia teutona que manda en el PSOE como si fuera una sobrina de Willy Brandt, y que tan celebrados son en las veladas de la «Bodeguia».

Ya se sabe que Tip y Coll son una pareja de genio igual y figura diversa. Tip es alto y Coll es bajo. Tip gasta chistera y Coll usa el hongo. Tip se deja bigote y Coll se lo afeita. Tip vota a Fraga y Coll a Felipe. Eso, respecto de la figura. En cuanto a genio, tanto monta, monta tanto. La gracia está en el contraste y en el juego de planos, como sucedía con aquella pareja gloriosa del «gordo» y el «flaco». El contraste entre Stan Laurel y Oliver Hardy era a lo ancho, y en Tip y Coll es a lo largo. En los amores políticos también.

Tip se subió a una escalera, con una brocha y un caldero, para pegar carteles de Fraga, y así salió en la portada de «Epoca», y ahora Coll escribe un artículo para invitarnos a votar a Felipe. Como Coll es un espíritu fino, alejado de lo vulgar y lo zafio, enemigo de lo obvio, no ha escrito un eslogan ni ha dado un grito publicitario.

El artículo de Coll se titula «La mirada». Uno empieza a leer el artículo, llega a la mitad, se traga los dos primeros tercios, y allí no aparece la política por ninguna parte. Sólo al final, con técnica de «suspense», se vislumbra a un Felipe no nombrado, propuesto a la imaginación, y adornado de ese encanto que tiene la adivinación de lo misterioso. Parece que uno estuviese leyendo una meditación filosófica sobre «la mirada», su secreto y su significación. Pues ya está, dice para sí el lector. Bergson escribió de la risa, y Coll escribe de la mirada. Pero no. Al final, ¡zas!, sale Felipe, sin salir, como cuando se resuelve una charada.

Dice Coll que a los candidatos hay que mirarles a los ojos. Se ponen todas las foto-

grafías de los candidatos en abanico, y «miráis sus miradas». En seguida se comprende que, entre todas, sólo hay una que intenta decir la verdad. Y este es el momento en que el lector despabilado da con la clave de la adivinanza, y exclama satisfecho: ¡Felipe!, como quien acierta: ¡La gallina!

O sea, que hay que elegir presidente del Gobierno por la caída de ojos. El elector consciente debe detenerse

ante los carteles electorales, y hacer, uno a uno, a los candidatos la vieja pregunta embelesada: «¿Qué tienes en la mirada?» Seguramente Felipe tiene en la mirada el encanto de los ojos moros y gitanos, una mezcla de sueño de jardines con música de agua y de picardía de feria de burros con aguaderas sobre las mataduras. Fraga tiene ojos célticos, claros y lejanos, que se le duermen bajo el castaño de la siesta, y que parece que estén mirando siempre más allá, además de un largo paisaje de lacones y lampreas. La caída de ojos más melancólica es la de Roca. Roca tiene ojos de atardecer de otoño, y parece que estuviese leyendo continuamente un poema de Salvador Espriu. Tiene la mirada fría y apagada, y el párpado a medio entornar, como para ver las cosas en un eterno crepúsculo. Don Santiago Carrillo tiene los ojos de cuco, inquietantes y escrutadores, los ojos más peligrosos de nuestra política. Los de Gerardo Iglesias son mucho más inocentes, aunque presentan un punto de impenetrabilidad perturbadora. ¿Y los ojos de don Adolfo? ¡Oh! la caída de ojos de don Adolfo!

Lo que no se puede decir, creo yo, es que en los ojos de Felipe haya que buscar y encontrar la única intención de decir la verdad que han puesto en los carteles electorales. Y si con los ojos nos estuviese diciendo la verdad, una cosa son los ojitos y otra los morritos. Con los morritos, dice el nene tantas trolas que hay que ponerle acíbar en la lengua. ¡La verdad en Felipe! Eso sólo se le ocurre al frescales de Coll. Eso no es una caída de ojos. Eso es una caída de pluma.

Jaime CAMPANY

